

EL FUNDADOR DE MAPFRE



Don Ignacio el 9 de septiembre de 1998 cuando recibe la Gran Cruz del Mérito Civil de manos del entonces vicepresidente del Gobierno, Francisco Álvarez-Cascos.

Hay fechas y personas que, aun cuando nos dejan, permanecen vivos no sólo en la memoria de su familia, sino en la memoria histórica de una sociedad, de un sector empresarial y de una empresa en particular. Ignacio Hernando de Larramendi, Don Ignacio en el entorno de MAPFRE, ha sido una de esas pocas figuras que hacen historia.

El fundador del SISTEMA MAPFRE y artífice principal de la transformación de aquella pequeña mutualidad agrícola en quiebra en el primer grupo asegurador del mercado español, falleció en Madrid el pasado 7 de septiembre, a los 80 años, dejando tras de sí una estela de prestigio y reconocimiento avalada, ayer y hoy, por infinidad de muestras de cariño personales y por múltiples premios y condecoraciones.

Aunque se ha publicado un número especial de la revista *Mundo MAPFRE*, no podíamos dejar de dedicar un recuerdo a Don Ignacio en esta otra revista que se acerca a la MAPFRE más comercial y territorial, esa MAPFRE tan exclusiva en el mundo empresarial y que él también hizo cercana y suya. Desde estas páginas le recordamos a través de la impresión y el pensamiento de algunas personas que, en diferentes momentos y desde diferentes perspectivas, estuvieron muy cerca de él.

LA FAMILIA

Ignacio Hernando de Larramendi celebró sus bodas de oro el 5 de octubre del año 2000 al lado de su inseparable esposa Lourdes, con la que tuvo nueve hijos. En estas páginas escriben la mayor de la familia, Carmen, consejera de MAPFRE SEGUROS GENERALES y jefe del servicio de bioquímica del Hospital Severo Ochoa de Madrid, y el pequeño de la saga, Ramón, que, dedicado al mundo de la aventura desde 1986, ha protagonizado, entre otras muchas expediciones —incluida una al polo norte con el equipo de *Al Filo de lo Imposible*—, la Expedición Circumpolar MAPFRE'92. Con una diferencia de edad de 14 años Carmen, casada y con dos hijas, y Ramón recuerdan a su padre con la referencia de una misma educación y filosofía de vida pero de un tiempo distinto.

SU HIJA MAYOR CARMEN

La historia de nuestra familia esta ligada al piso de General Oraá que alquilaron mis padres cuando se casaron, en el que vivieron siempre y en el que mi padre ha dicho el último adiós.

El piso se iba estirando conforme nacía un nuevo hijo (somos nueve hermanos). La cultura que imperó para que esto fuera posible era que «todo se compartía»: libros, ropa, espacios... Recuerdo las noches de invierno, sentados en la mesa del comedor mi padre y varios de nosotros: él —rodeado de papeles—



Carmen junto a sus padres en las vacaciones del año 2000.

trabajaba y nosotros estudiábamos... Yo dormí siempre con mis tres hermanas en una habitación que de día era cuarto de estar. Lo único propio era el cajón de un armario donde guardábamos nuestros tesoros. Nunca tuvimos televisión (y sigue sin existir en la casa) ya que era un instrumento que dificultaba la lectura y la comunicación familiar. Sin embargo, los pasillos de la casa estaban llenos de librerías repletas de libros y eran frecuentes las conversaciones nocturnas.

Nos inculcaron desde pequeños que las cosas materiales eran un medio, no un fin, y que, por lo tanto, la mejor herencia que nos podían dejar era, por una parte, el facilitarnos el acceso a la máxima educación, ya que éste era un patrimonio que poseeríamos siempre —independientemente de las vicisitudes de la vida— y que nadie nos podría arrebatar: tuvimos profesores particulares de matemáticas, latín, aprendimos idiomas... y, por otra parte, el potenciar en nosotros el gusto por viajar y conocer diferentes culturas, ya que también esto contribuiría a nuestro enriquecimiento personal. Recuerdo ir de muy pequeña con mi hermana Coro en coche, acompañando a mi padre en un viaje de trabajo, Máximo conducía, él dictaba en un enorme magnetófono y nosotras jugábamos; cuando él se iba a las reuniones nosotras visitábamos museos, etc. También recuerdo ir en el año 1971 con mi padre y mi hermana Coro (mi madre en estos casos no iba) a uno de los primeros viajes de MAPFRE VIDA a Nueva York y, con la obsesión suya de aprovechar al máximo las oportunidades, nos mandó solas en avión a Chicago para hacer una visita relámpago al tío Manolo (hermano de mi padre, médico y profesor universitario, que emigró a EE. UU. en el año 1955 y nunca ha vuelto), su familia y su entorno.

Por último, nos inculcaron la gran importancia de la unidad familiar respetando la diversidad de cada uno de nosotros. Reflejo de esto ha sido la cultura de fomentar la celebración de eventos familiares; el más importante de todos siempre ha sido el día de Reyes, que hemos seguido celebrando en estos 50 años con la misma ceremonia que cuando éramos niños, ya que en el «día de la generosidad» todos se tienen que esforzar en pensar en los demás y regalarles un pequeño detalle.

Los últimos días de la vida de mi padre han sido reflejo de que esta unidad familiar por la que tanto han luchado él y mi madre era realidad y ha tenido la suerte de poder disfrutar del «privilegio divino» de estar en el momento del tránsito final en su cama de siempre rodeado de sus nueve hijos mientras su amada esposa leía las «Recomendaciones del alma».

Carmen



La familia Larramendi, todavía sin el pequeño Ramón, en el verano de 1963.



Don Ignacio y su mujer con la familia, los componentes de la expedición y el personal del hotel Kinik, en Alaska.

SU HIJO PEQUEÑO RAMÓN

Desde que era un niño siempre he sentido una gran atracción por la aventura y por las regiones polares de nuestro planeta. Y aunque cuando la reacción lógica de todo padre es quitar de la cabeza las ideas aparentemente absurdas de sus hijos, y acometer expediciones extremas a las regiones polares sin duda lo parece —cuando menos es fuera de lo corriente y cuando más puede ser considerada una fantasía descabellada de adolescente—, miro con perspectiva y no puedo dejar de admirarme pues no recuerdo de mis padres ningún intento para desalentarme u obstruir mi pasión e incipiente vocación. Pasión que si no fuera por la comprensión y apoyo que he recibido se hubiera acabado desvaneciendo para for-

mar parte de ese territorio tan transitado que son los sueños frustrados, pues he de aceptar que nunca hubiera podido ser realizada.

La generosidad, valentía y amplitud de miras de mis padres se plasmaron de un modo excepcional en el apoyo que de mi padre recibí para poder realizar la expedición Circumpolar MAPFRE '92, un viaje salvaje, extremo y de muy alto riesgo que a cualquier padre produciría pavor e intentaría evitar a su hijo, pero que él hizo posible y en el que creyó con un entusiasmo difícil de comprender teniendo en cuenta que mi padre jamás hizo deporte, nunca le interesó ni la montaña ni la naturaleza ni la aventura y de hecho contrastaban abiertamente con su vida y modo de vida.



En el centro Larramendi abrazando a su hijo Ramón tras la llegada en Kayak a Valdez.

Ese apoyo tan paradójico, como muchas de sus acciones, ni fue el apoyo al capricho de un hijo, ni fue en balde, pues la Expedición Circumpolar MAPFRE, coronada con un notable éxito, fue objeto de un extenso reportaje en la edición mundial de la revista National Geographic, siendo hasta la fecha el único reportaje publicado por un español en dicha revista en sus 110 años de historia y que supone el reconocimiento de la más prestigiosa institución geográfica del mundo. Personalmente tan solo considero este honor como un merecido homenaje a quien lo hizo posible, Ignacio Larramendi. Un hombre extraordinario en todos los ordenes que he tenido la fortuna de que sea mi padre.

Ramón

SU SECRETARIA DORI

He trabajado con Don Ignacio casi quince años. He sido su secretaria en la época en la que él ya no era un empresario en activo con muchos colaboradores a su alrededor para llevar a cabo sus múltiples ideas. En estos años ha sido un hombre dedicado a sacar adelante proyectos relacionados con la historia y con la cultura en general, aunque siguió escribiendo libros y pronunciando conferencias relacionadas con la empresa. Ahora que estoy ordenando sus papeles veo que siempre estuvo sensibilizado por la historia, sobre todo en lo relacionado con Iberoamérica. Don Ignacio era un hombre muy culto, lo mismo entendía y se interesaba por la ciencia española en el siglo XVI (sobre lo que versa el último acto que estaba promoviendo y que se celebraba en la Casa de América el pasado mes de octubre), que por la importancia de la obra de Séneca, San Isidoro, Gracián o Menéndez Pelayo.

Don Ignacio era incansable y jamás se rendía. Siempre estaba dispuesto a sacar adelante todos los proyectos que él considerase importantes y en los últimos tres años lo hizo casi él solo. Quizás su último proyecto, las «Bibliotecas Virtuales», era el más ambicioso (o al menos él lo creía así), y supongo que debió de sentirse muy triste al ver que, al menos él, no podría sacarlo adelante.

Don Ignacio siempre estaba convencido de que las personas a las que pedía colaboración, ya fuera intelectual o económica, aceptarían, porque era optimista y consideraba que el tema era tan interesante y tan importante que era imposible negarse. Siempre encontraba nuevas razones para convencerlos, aunque supongo que en los últimos años se llevó alguna desilusión.

Si tengo que decir algo no muy bueno de él quizás sería su obsesión por la urgencia, porque para Don Ignacio todo era urgente y había que hacerlo inmediatamente. Pero la verdad es que ahora que él no está, lo que recuerdo es que daba rienda suelta a la iniciativa total en el trabajo y que era un hombre amable, sencillo, generoso y accesible para todo el mundo.

Dori



Dori junto a Don Ignacio en la boda de su hijo Miguel, el octavo de la familia.



Don Ignacio (dcha.) junto a su amigo Fernando Ortiz y la mujer de éste en el Parque del Retiro en 1943.

SU AMIGO FERNANDO ORTIZ

He seguido toda la vida de Ignacio desde que nos conocimos en una excursión a Salamanca en el año 1935 los alumnos de 4.º y 5.º de bachillerato del Colegio del Pilar de Madrid. Ignacio nos presentó a mi mujer y a mí a principios de la Guerra Civil en San Sebastián, hicimos parte de la guerra juntos en un Tercio de Requetés, estudiamos la carrera de Derecho en la Universidad de Madrid y nos preparamos también juntos a unas oposiciones, que él felizmente sacó y yo no... Toda la vida continuamos una entrañable amistad. ¿Qué puedo decir de él? Su vida se caracterizó por una absoluta fidelidad a sus creencias religiosas, a su mujer, a su familia, a sus amigos, a sus principios políticos y a su empresa, que ocupó todo su tiempo. Nada engreído a pesar de sus éxitos y completamente desinteresado. Fue un trabajador infatigable, que no conocía el descanso y que no se daba reposo en ningún momento.

Fernando

Indudablemente, decir Ignacio Larramendi es decir MAPFRE: no es de creer que en el mundo empresarial, ni aun en otros de diversa índole social o profesional, se haya producido una identificación tan intensa entre una personalidad y su obra como la que a lo largo de casi 50 años se manifestó entre MAPFRE y Larramendi.

Fue éste una personalidad excepcional, de la que las numerosas notas necrológicas publicadas han dado noticia puntual y cumplida en cuanto a lo que pudiéramos llamar su vida pública, sus aciertos y merecimientos y el reconocimiento que de ellos le es debido. Puede que nunca sea suficiente.

Quisieramos aquí destacar especialmente su perfil moral, sus cualidades, su modo de hacer, su pensamiento y sus arraigadas ideas que, haciéndolas sentimiento, trazaron un horizonte de nobles ideales que fueron el eje de su vida.

Tenía Don Ignacio, como siempre se le ha llamado en la galaxia de organismos (sociedades, servicios, fundaciones, etc.) del SISTEMA MAPFRE, una imaginación creativa, una voluntad constante y firme, un profundo sentido de propia estimación que hacía muy compatible con una sencillez que manifestaba con completa naturalidad.

Consideraba su trabajo como una Misión y se proponía lograr con él, y por medio de él, el progreso de España, la superación y saneamiento del ambiente social y la renovación, en cuanto en su mano estuviera, de las instituciones públicas en los ámbitos diversos en los que tuvo ocasión de

actuar.

De aquí la aplicación y el desarrollo práctico de lo que llamaba «Responsabilidad social de la Empresa». En cuanto MAPFRE logró consistencia y pulso, materializó la idea de esa responsabilidad promoviendo la creación de las Fundaciones MAPFRE y, finalmente, la Fundación Histórica Tavera y la Fundación Hernando de Larramendi.

Escribió también varios libros de carácter político-social en un constante fluir, hasta el opúsculo que tituló, no sin ironía, Irreflexiones provocadoras, que llevaba la fecha de 18 de junio de este mismo año 2001 y que, a modo de testamento público, dedicó a sus nietos —siempre en él, el futuro— y, en primer lugar, a su esposa, Lourdes, con estas palabras: «...y muy especial a su abuela Lourdes, mi novia y esposa desde hace 60 años, sin la que nunca hubiera hecho nada valioso y cuyo sentido cristiano es ejemplar». No cabe nada más bonito para terminar una vida.

Ese día 18 de junio cumplía 80 años y sin que hubieran pasado tres meses pasó a reposar para siempre en la cripta de la catedral de la Almudena, en una mañana de sábado cuando el otoño ya se anunciaba, acompañado de toda su familia y de varios centenares de personas que, con emoción, percibían que el recuerdo de Don Ignacio estaba grabado en sus propias biografías.